

Ernesto Is

Río rojo

A mi padre

«Te lo prometo. La encontraremos.
Tan cierto como que la Tierra da vueltas».

The Searchers
(Centauros del desierto),
guion de Frank S. Nugent,
de la novela de Alan Le May

NOTAS PARA LA PUESTA EN ESCENA

LA MISMA VIOLENCIA PARECE reproducirse en los tres tiempos que entrelazan esta historia: 1936, 1966 y 1996. Los espacios principales de la obra son también tres: residencia, río y bosque. Cada uno de ellos contiene otros espacios, reales o recordados, que se imbrican entre sí.

Ocho intérpretes —cuatro actrices y cuatro actores de diversas edades— son necesarios para asumir los numerosos personajes de la pieza: ancianas y ancianos, trabajadores de una residencia de la tercera edad, guardias, una pareja de excursionistas, habitantes del pueblo, obreros municipales, miembros del rodaje de una película, verdugos y víctimas. En algunos momentos de la obra, la irrupción de un hecho traumático activa la convención teatral, convirtiendo a los personajes más jóvenes en viejos.

El signo / indica que la frase queda interrumpida por la réplica siguiente.

I.

UN HOMBRE JOVEN: Es tarde en la noche.

Esta escena... La primera escena de la película tiene lugar en plena madrugada.

Un grupo de hombres arrastra sus pesadas botas. Ellos están... Realmente, ellos avanzan entre el ganado muerto. Cientos de vacas sin vida, tendidas sobre la tierra rojiza del páramo.

Uno de ellos... Es decir, uno de los hombres... El hombre que va a la cabeza del resto de hombres solicita... Ese hombre pide una lámpara, una lámpara de aceite para alumbrar lo que... Para ver cómo casi todo el ganado, el ganado que esos hombres están trasladando por inmensos terrenos baldíos, de estado a estado, y con el que deberán atravesar el gran río, ha dejado de existir.

Entonces, ese hombre, el hombre que lidera al grupo de hombres, ilumina... Descubre el cadáver de uno de sus hombres... Sí, el hombre muer-

to yace a los pies del resto de hombres, pero no...
Nosotros no podemos verlo...

El líder, su cara... Toda ella está llena de tristeza...

De un soplo, el hombre que lidera al grupo
apaga la lámpara.

Un ave ulula.

Todos los hombres miran hacia el vacío de la
noche oscura.

Entonces, el líder del grupo dice: «Me quedaré aquí hasta que amanezca».

2.

UN HOMBRE JOVEN: Toca.

UNA ANCIANA: Los instantes previos al amanecer.

En un claro del pinar.

UN HOMBRE JOVEN: Toca algo, músico.

UNA ANCIANA: La hora en la que el búho canta y el gallo
calla.

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Vamos, maricón, toca! ¿No has
oído?

UNA ANCIANA: Una luz gris, mortecina, tiñe todas las
cosas de este mundo con una pátina de irrealdad.

OTRO HOMBRE JOVEN MÁS: ¡Toca hasta cansarte! ¿Por
qué no lo haces?

UNA ANCIANA: Tres hombres rodean a un anciano en
lo más profundo del bosque.

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Toca, maricón! ¡Toca o te da-
mos café!

UNA ANCIANA: Cerca de ellos, un camión con los faros
encendidos ilumina al grupo.

UN HOMBRE JOVEN: Está bien...

UNA ANCIANA: El anciano está arrodillado.

Las manos atadas a la espalda y la cara ensangrentada.

UN HOMBRE JOVEN: Está bien...

UNA ANCIANA: Uno de los hombres le agarra por el pelo, con violencia.

El anciano soporta en silencio el dolor.

UN HOMBRE JOVEN: ¿Por qué callas? ¿Por qué no nos tocas algo? ¿Acaso no te caemos bien?

UNA ANCIANA: El anciano no dice nada.

Con el ojo por el que aún puede ver, el ojo que no tiene hinchado, mira al hombre que le coge del cabello.

UN HOMBRE JOVEN: Está bien... Está bien... No es necesario. No tienes por qué tocar nada.

UNA ANCIANA: El hombre suelta al anciano.

Se agarra el cinturón y, como por arte de magia, en sus manos aparece una pistola.

UN HOMBRE JOVEN: Pero, si no tocas, vas a tener que cantar.

UNA ANCIANA: El anciano sigue callado.

El hombre de la pistola apunta el cañón del arma contra su cabeza arrugada.

UN HOMBRE JOVEN: Tampoco piensas cantar, ¿no es así?

UNA ANCIANA: El anciano escupe al hombre de la pistola en la cara.

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Escupe! ¡Este maricón escupe!

OTRO HOMBRE JOVEN MÁS: ¿Por qué escupe? ¿Por qué escupe en vez de tocar?

UNA ANCIANA: El hombre de la pistola aparta el arma.
Saca un pañuelo del bolsillo y se limpia la cara.
Sonríe y, al hacerlo, una pieza de oro brilla en la parte superior de su dentadura.

UN HOMBRE JOVEN: Dime una cosa... ¿Cuál es tu instrumento?

UNA ANCIANA: Silencio.

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Contesta, maricón!

UNA ANCIANA: El anciano no dice nada.
El hombre de la pistola le golpea con la culata del arma.

Su viejo cuerpo cae al suelo.

UN HOMBRE JOVEN: ¡Me estás tocando los cojones!

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Habla, maricón! ¡Habla de una vez o te damos café!

OTRO HOMBRE JOVEN MÁS: ¿Por qué no habla?

UNA ANCIANA: Las hojas de los árboles se agitan.

UN ANCIANO: Viento...

UNA ANCIANA: El anciano, tendido sobre el suelo, derrotado, murmura algo.

Su cara ensangrentada empapa la tierra.

UN ANCIANO: Viento...

OTRO HOMBRE JOVEN: ¡Habla más alto, maricón!

OTRO HOMBRE JOVEN MÁS: ¿Qué es lo que ha dicho?

UNA ANCIANA: El hombre de la pistola se pone de cuclillas.

Acerca su oreja a la boca del anciano.

UN HOMBRE JOVEN: Dime qué instrumento es el que tocas en tu orquesta de jodidos rojos.

UN ANCIANO: Viento...

UNA ANCIANA: Las copas de los árboles bailan.

El hombre de la pistola carga el arma e introduce el cañón en la boca del anciano.

UN HOMBRE JOVEN: Sopla.

UNA ANCIANA: El anciano cierra el ojo por el que aún puede ver, el ojo que no tiene hinchado.

UN HOMBRE JOVEN: Sopla, hijo de puta.

UNA ANCIANA: El anciano obedece.

Yo cierro los ojos.

El hombre de la pistola aprieta el gatillo.

Las ramas se estremecen.

El gallo canta. El búho calla.

De pronto, un disparo.

OTRO HOMBRE JOVEN: ¿¡Qué ha sido eso!?

OTRO HOMBRE JOVEN MÁS: ¡Algo ha caído!

UN HOMBRE JOVEN: ¡Allí! ¡Detrás de aquel árbol! ¡Cogedla!

UN HOMBRE JOVEN: Es nauseabunda. La sala común de la residencia.

Sobre todo, a esta hora del día, cuando los viejos se amontonan alrededor del televisor a digerir la bazofia que les servimos como comida.

Duermen todos juntos una del Oeste. En la pantalla, los indios corren y los vaqueros disparan. En la sala, los abuelos roncan y se pedorrear.

Huele a alubias cocidas y a agua oxigenada. Huele a rutina y a muerte.

Es un jodido infierno. Construyeron el edificio sin apenas ventanas, para evitar que los viejos chochos se pudieran tirar por ellas. El aire casi siempre está viciado en este lugar. Este hedor, joder... ¡Es insoportable!

¿¡Quién ha sido!? ¿¡Quién cojones se lo ha hecho encima esta vez!?

Busco al culpable. Uno a uno, husmeo el culo de los viejos para encontrar al responsable.

¿Habéis sido vosotros?

Un par de viejos niegan con la cabeza.

¿Y tú?

Otro viejo no contesta, tan solo sopla su jodida armónica.

¿Has sido tú? ¿Te has cagado?

Una vieja me sonrío. No sabe en qué planeta se encuentra.

¡Es insoportable! ¡Menudo tufo! ¿¡Quién ha sido, hostia!?! ¡Cabrones de mierda! ¿¡Dónde coño está el puto cagón!?

UNA MUJER JOVEN: ¿Qué demonios ocurre?

UN HOMBRE JOVEN: ¡Mierda! La enfermera jefe.

Oigo cómo sus pasos se acercan por el pasillo central de la residencia, a toda velocidad. Sus caderas cortan el aire. Menudo polvazo tiene la muy cabrona.

A su lado, pegada como una jodida lapa, una de las celadoras. La más joven. La más lista. La más trepa. La celadora pequeñita con sus gafitas de mosquita muerta.

UNA MUJER JOVEN: ¿A qué se deben estos gritos? La sala común es un lugar de descanso. Usted debería saberlo.

UN HOMBRE JOVEN: Me dice la enfermera.

Qué buena está, joder.

Menudo culo tiene.

UNA MUJER JOVEN: Es fundamental velar por el bienestar y el descanso de los internos en todo momento y ante cualquier situación. Por muy grave o apremiante que esta sea.

UN HOMBRE JOVEN: Ojalá, algún día, siente sus nalgas encima de mi cara.

UNA MUJER JOVEN: Dígame, ¿qué ocurriría si todo el personal de este centro se pusiese a berrear, tal y como usted ha hecho, cada vez que sobreviene alguna complicación en el cuidado de nuestros pacientes?

UN HOMBRE JOVEN: Es la erótica del poder.
El poder de la enfermera jefe.
Vaya polvazo tiene.

UNA MUJER JOVEN: Conteste. ¿Me está escuchando?

UN HOMBRE JOVEN: Eeeeh...

UNA MUJER JOVEN: No se esfuerce. Yo se lo digo.

UN HOMBRE JOVEN: Me corta.

Qué buena está.

UNA MUJER JOVEN: Este lugar se convertiría, entonces, en un gallinero. Y, hasta donde yo sé, nadie en esta residencia, trabajador o interno, tiene plumas.

UN HOMBRE JOVEN: La celadora joven, la celadora más lista, la celadora gafotas suelta una risita.

La enfermera fulmina con la mirada a la mosquita muerta.

Jódete, trepa. Por listilla.

NOTA DEL AUTOR

EN EL AÑO 1966, en plena dictadura franquista, Sergio Leone rueda los exteriores de *Il buono, il brutto, il cattivo* (*El bueno, el feo y el malo*) en los pueblos burgaleses de San Pedro de Arlanza, Santo Domingo de Silos, Covarrubias y Carazo. El filme, piedra angular del *spaghetti western*, es valorado, tanto por crítica como por público, como un clásico de la historia del séptimo arte.

En Santo Domingo de Silos, con ayuda del ejército español, el equipo de la producción construye un imponente decorado: el cementerio ficticio de *Sad Hill*, una escenografía en la que se instalaron más de cinco mil tumbas de cartón piedra y donde se desarrolla la famosa secuencia final de la película. La Asociación Cultural Sad Hill reconstruyó y recuperó el cementerio, de forma altruista, hace unos años. Son muchos los cinéfilos, turistas y curiosos que, a diario, visitan y fotografían el mismo decorado por donde caminaron leyendas de la pantalla como Clint Eastwood, Lee Van Cleef o Eli Wallach.